

# ¿Juventud sin futuro?

**Desde** hace tiempo en países como España las tasas de paro juvenil son alarmantes, duplicando holgadamente las del conjunto de la población activa y triplicando las de los sectores adultos más integrados laboralmente. En algunos momentos, en varias Comunidades Autónomas el paro juvenil ha llegado a más del 60%, conformando una situación insostenible e intolerable.

Pero el problema de los jóvenes no consiste solamente en el paro, sino que también muchos de los que logran encontrar empleo lo hacen en situaciones de enorme precariedad y temporalidad, en condiciones que no les permiten vivir por su cuenta. Lo que sitúa a bastantes jóvenes por debajo del nivel de la pobreza. Las tasas de pobreza neta entre la población menor de 30 años son de un 29,1%, siete puntos porcentuales más que el promedio de la población española (22,3%).

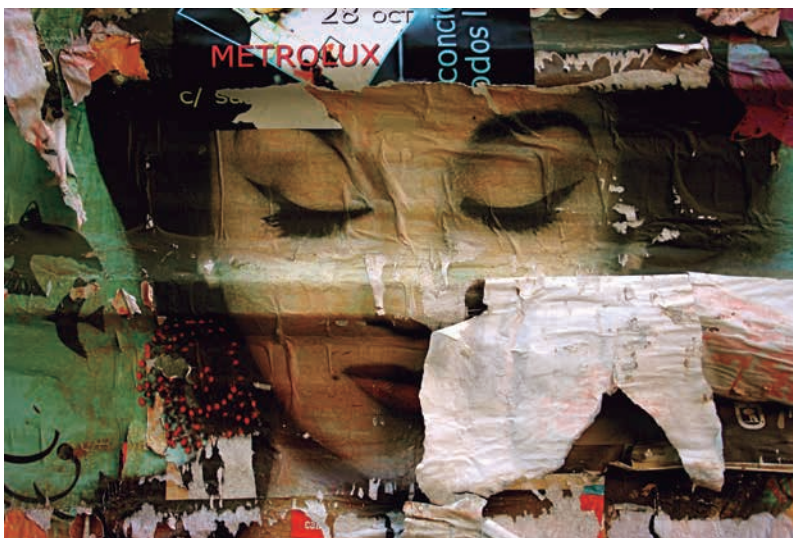
En su conjunto, en España más del 70% de la población menor de 35 años se encuentra en paro, o tiene un trabajo tan precario que no puede vivir por su cuenta, ni forjarse un futuro propio. Esta es la realidad de más de cuatro millones y medio de jóvenes. Por eso, la edad media de emancipación en España es de 30 años, en comparación con un 21,1 en Dinamarca, un 23,8 en Alemania, o un 23,9 en Francia.

Y por eso la tasa de nupcialidad ha caído a la mitad de lo que era a mediados de los años setenta, al tiempo que las edades de contraer matrimonio se han disparado por encima de los treinta y tantos años.

Es decir, en España cada vez se casan –o emancipan– menos personas, y los que lo hacen cada vez lo hacen más tarde y no tienen ningún hijo, o solo uno. Hijos que muchas veces se encuentran abocados a vivir en condiciones de pobreza, dándose en España una de las tasas de pobreza infantil más altas de Europa.

La situación en la que se encuentran la mayoría de los jóvenes revela que estamos ante un grave *fallo sistémico* del modelo socio-económico establecido, que ya no asegura a las nuevas generaciones itinerarios claros y eficaces de inserción societaria, una vez que han concluido su período de formación.

Por mucho que a los jóvenes se les diga que tienen que estudiar, formarse y cumplir con las normas y criterios establecidos en la sociedad, para poder



C. BARRIOS

incorporarse a dicha sociedad con todos los derechos y oportunidades, la realidad es que una gran mayoría, después de cumplir la parte del contrato social básico que a ellos les corresponde, se encuentran con un panorama de promesas rotas. Con una situación de exclusión societaria que les niega un futuro de posibilidades.

Por eso, la mayoría de los jóvenes piensan que ellos están destinados a vivir peor que sus padres y a sufrir un proceso masivo de movilidad social descendente. Muchas veces después de haber vivido en sus hogares una realidad infantil muy diferente, durante los años de las vacas gordas, en las que tenían prácticamente de todo, juguetes, buena vida, vacaciones, casas confortables, etc.

Esta dinámica social está destrozando la consistencia de las clases medias y la credibilidad de sus valores y mentalidades, generando sensaciones de frustración y malestar, de sentirse abandonados y maltratados por una sociedad que muchos jóvenes consideran que no está haciendo por ellos todo lo que podría y debería hacer. De ahí, los climas de malestar y de desafección política que se han instalado en la juventud, creando un caldo de cultivo que puede alimentar y dar alas a los populismos y a los extremismos de todo tipo.

La fractura generacional que supone la exclusión social y laboral de los jóvenes produce no solo efectos erosivos graves en el conjunto de la sociedad, sino también consecuencias críticas en muchos jóvenes, entre los que aumentan las depresiones, los consumos de ansiolíticos, las conductas evasivas, la delincuencia juvenil y las tasas de encarcelamiento, e incluso los suicidios, que están convirtiéndose en la principal causa de mortandad juvenil.

Es decir, estamos ante una cuestión de enorme gravedad que no permite esperar soluciones automáticas por sí misma, en sociedades en las que la oferta de nuevos trabajos se ve muy mermada, no solo por razones conectadas a la crisis económica, y a las debilidades del consumo interno derivadas de la propia situación de los jóvenes y de la extensión y cronificación de la pobreza y de los bajos salarios, sino también por razones estructurales. Es decir, en las nuevas condiciones tecnológicas de la economía —con la digitalización y la robotización— la realidad es que cada vez se pueden fabricar más mercancías y prestar más servicios con la utilización de cada vez menos horas de trabajo humano aplicado. Lo que implica que cada vez se ofrecen menos trabajos nuevos —o de reposición— a las nuevas cohortes de edad que se incorporan cada año a los mercados de trabajo.

Por eso, los jóvenes están siendo los principales perjudicados del reparto asimétrico de las oportunidades laborales. Aunque no son solo ellos los que sufren las consecuencias de los nuevos modelos productivos emergentes.

Además, lo sufren teniendo pocas herramientas organizativas y societarias para responder mediante las reivindicaciones más pertinentes ante tal estado de cosas. Como pudieron hacer —e hicieron— en su día las clases trabajadoras durante las primeras etapas de la industrialización, a través principalmente de los sindicatos y de los partidos obreros.

Ahora los jóvenes quedan absolutamente fuera del sistema establecido, como un sector social prescindible, que no es necesario para la continuidad funcional del sistema. Lo que hace de ellos sujetos sociales extremadamente débiles que solo pueden —o podrán— revertir el estado de cosas que padecen a través de acciones de resistencia desesperada, o de estrategias políticas de fondo, que sean asumidas e integradas por algún partido político con suficiente sensibilidad social y con una visión responsable de futuro. Responsable e integradora.

*Hay que lograr que los partidos políticos entiendan que la cuestión social primordial de España en estos momentos es la cuestión juvenil. Y empezar a proceder en consecuencia.*

Es evidente, pues, que nos encontramos ante una cuestión acuciante que no se solucionará —o se reencauzará— si los partidos políticos no entienden que la actual cuestión juvenil es la cuestión primordial de España. Y de su futuro. Lo que requiere voluntad para abordar todas las cuestiones sustanciales que afectan al futuro vital de las nuevas generaciones: desde los sistemas educativos, y las políticas activas de empleo, hasta el fomento de nuevos enfoques y formas de realizar el trabajo o poder sentirse útil y activo en la sociedad, desde el replanteamiento de los modos y tiempos de trabajo —en función de las nuevas necesidades objetivas de trabajo— hasta los compromisos generales de garantizar viviendas e ingresos decentes a todos los que quedan fuera de las oportunidades laborales tradicionales; desde la necesidad de brindar seguridades a las nuevas generaciones, hasta la exigencia de mantener en nuestras sociedades criterios —e incentivos— de mérito e igualdad de oportunidades.

En el plano de lo concreto, son bastantes las cosas que podrían hacerse para mejorar la situación de los jóvenes a corto y medio plazo, sin olvidarnos de la necesidad de plantear con valentía y rigor cuestiones sustanciales sobre cómo entender, y desempeñar, el trabajo en la era de los robots y las máquinas inteligentes. Pero para todo ello lo primordial es situar esta problemática en un lugar central de la agenda política de los partidos y de todo nuestro entramado institucional. Es decir, una vez más, lo fundamental es ser conscientes de la entidad del problema. Y proceder en consecuencia. **TEMAS**